

FRANCISCO JAVIER RODRÍGUEZ BARRANCO

Escáner

Escáner

Francisco Javier Rodríguez Barranco

Este relato ha obtenido el Segundo Premio en el V Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2018, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

—¿Y esto?

Al pasar por el escáner del aeropuerto, el guardia de seguridad ha observado algo sospechoso en su equipaje. Lo coge ataviado con los guantes reglamentarios, por supuesto.

—Un libro.

—¿Un libro?

—Sí, una novela de realismo social.

El guardia de seguridad llama a sus compañeros.

—¡Eh, mirad, mirad lo que lleva este! Acuden los compañeros del guardia.

—Ahí va, ¿pero cuánto hace que no veíamos algo de esto?

—¿Qué sé yo? Siglos.

—¿Y estas cosas negras? —se dirige uno de los guardias al pasajero.

—Son las letras.

—No son como las nuestras.

—Es que son antiguas.

—Anda, un listillo.

—¿Nos está llamando ignorantes?

—No, si yo era solo por aclararlo.

—Nosotros a usted no le hemos faltado al respeto.

—No serán ponzoñosas, ¿verdad?

—No tizarán los dedos, ¿verdad?

—No, no, no se preocupen —se defiende como puede el pasajero.

El guardia de seguridad se dirige de nuevo a él:

—Sea como fuere, mucho me temo que no va a ser posible embarcar con esto.

—¿Y eso? —pregunta perplejo el pasajero.

—Mire bien su billete.

Lo mira, pero sigue sin ver nada en contra.

—No veo nada.

—Fíjese en esta esquina.

—Necesito mis gafas.

—¿Y dónde tiene sus gafas?

—En la bolsa de viaje. ¿Puedo cogerlas?

—Todo esto es muy irregular.

—Deja que coja las gafas, hombre —intercede otro de los guardias.

—Bueno, venga, coja sus gafas y lea aquí.

Le señala el punto exacto y el pasajero lee en voz alta:

—Queda terminantemente prohibido subir a bordo objetos de entretenimiento ajenos a la compañía aérea, como vehículos a motor, hornos microondas y libros, ya sean de papel o electrónicos.

—¿Lo ve?

—Ahí va.

—Se lo dije.

—No tenía ni idea.

—Es que usted no puede venir al aeropuerto así a la buena de Dios.

—Es que su obligación es informarse antes —sintetiza otro de los guardias de seguridad ahí presentes.

—¿Y qué puedo hacer yo ahora?

—Lo único que puedo decirle —retoma el protagonismo que le corresponde como descubridor del libro el primer guardia de seguridad— es que se dirija al mostrador de la compañía e intente arreglarlo allí, porque yo así no le permito el acceso a la puerta de embarque.

—¿No podrían hacer la vista gorda?

—Yo no escribo las normas, señor. Me limito a seguirlas.

—Pues sí que estamos buenos.

—No es nada personal.

—Ya me imagino.

Se dirige el pasajero al mostrador de la aerolínea.

—Buenas —afirma al llegar.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Es que no me dejan subir al avión con este libro.

—Naturalmente. ¿No ha leído usted los términos y condiciones?

—Queda terminantemente prohibido subir a bordo objetos de entretenimiento ajenos a la compañía aérea, como vehículos a motor, hornos microondas y libros, ya sean de papel o electrónicos —recita el pasajero de memoria.

—Pues si ya lo sabe, ¿por qué se sorprende tanto de que no le dejemos embarcar con el libro?

—Es que antes no lo sabía. Me lo han mostrado los guardias de seguridad en el escáner.

—A mí no me venga con sofismas.

—Perdone.

—Perdonado.

—¿Qué me aconseja, ahora que no hay rencor entre nosotros?

—Bueno, me ha caído usted bien, así que yo le dejo que pase a este lado del mostrador y lea el libro agachado sin que nadie le vea.

—¿No podría leerlo cómodamente aquí mismo?

—¿A la vista de todo el mundo? ¿Está usted loco? ¿Quiere que pierda mi empleo? ¿Así me lo agradece?

—Perdone, no sabía que la cosa estaba tan seria.

—Venga, venga, pase para adentro y escóndase, que ya la gente está mirando hacia nosotros.

Así lo hace el pasajero.

—Gracias.

—Y dígame, ¿le queda mucho para acabar?

—Unas cien páginas.

—¡Esas son diez horas, por lo menos, y nosotros cerramos a las tres de la tarde!

—No, no se preocupe. En unas dos horas, como mucho, lo termino.

—Pues, hala, no se entretenga más.

Se aplica el pasajero agazapado a la labor clandestina de la lectura y, tal y como había anticipado, una hora y cuarenta y siete minutos después ha concluido el libro.

—Listo. Casi lloro al final —informa.

—Me alegro mucho de que haya sufrido tanto.

—Muchas gracias, ya me voy. ¿Dónde puedo dejar el libro?

—¡Aquí no, que me busca un lío!

—¿Entonces?

—¿Ve esos contenedores de reciclaje donde pone “Material combustible”?

—Sí.

—Pues ahí mismo puede depositarlo.

—Están ustedes en todo.

—Qué remedio. Se ve cada cosa desde este mostrador.

Así lo hace el pasajero y regresa hasta la oficinilla de la compañía para despedirse.

—Bueno, pues nada. Muchas gracias por todo. Me voy, que pierdo el avión.

—Perdone.

—¿Qué pasa?

—No puede embarcar.

—¿Que no puedo embarcar?

—Así es.

—Pero, ¿por qué? —al borde de la desesperación—. ¿Qué he hecho mal ahora?

—Pues que los guardias de seguridad habrán dado parte a la superioridad, según exige el reglamento, y a estas horas estarán esperándole con el escáner de cuerpo completo. Mire, mire, cómo se relamen.

Señala la empleada de la aerolínea hacia un determinado punto de la zona de seguridad donde un grupo de guardias se frotan las manos.

—¿Qué problema hay? Yo no llevo nada peligroso conmigo.

—Usted acaba de confesar libremente y sin coacción que ha leído unas cien páginas.

—Así es. ¿Y?

—Pues que el escáner de cuerpo completo detectará las letras en su interior y entonces no quisiera estar en su pellejo. Si quiere que no detecten nada, tienen que pasar, al menos, una hora por cada veinticinco páginas. En su caso serían cuatro horas.

—¡Pero eso no puede ser! Perderé el avión.

—¿Yo qué quiere que le haga? ¿He sido yo quien ha traído el libro al aeropuerto? ¿He sido yo quien ha insistido en leérselo hasta el final? Pues entonces. Yo me estoy jugando mi puesto de trabajo por su culpa, caballero, y usted no parece agradecer nada. Todo son pegas.

—Disculpe, señorita —algo más tranquilo—. Créame que lamento todas las molestias que le estoy causando.

—Acepto sus disculpas.

—Pero, ¿de verdad que no hay nada que podamos hacer?

—Yo que usted no lo intentaría. Si conoceré yo a mi burra.

—Pues ya es fatalidad.

—Hágame caso, siéntese tranquilamente en la sala durante cuatro horas y luego ya vemos si se puede conseguir una plaza en otro avión.

—Gracias.

Se sienta el pasajero en el vestíbulo del aeropuerto.

Una señora, una de esas señoras que lo saben todo aunque no hayan visto nada, le mira con ojo crítico:

—Desde luego —exclama al pasar a su lado—, es que debería darle vergüenza. ¡A sus años! Si fuera un jovencito, quizá, pero a sus años.

—Lo siento, señora —se defiende él.

—Y la pobre chica de la compañía aérea, que ha arriesgado su puesto de trabajo por usted.

—Señora, siéntolo —alega él.

—Si pones el futuro de tu nación en el turismo, estás entregando el bienestar de tu pueblo a quienes les importa un bledo tu país —comenta un señor de cierta edad y aspecto juicioso sentado junto a él en el vestíbulo.

—¿Perdón?

—Sí, mire, mire —sugiere señalando hacia los viajeros que van, vienen en el aeropuerto y entran en las tiendas de *souvenirs*—: todos comprando las mismas cosas en los mismos lugares a las mismas horas.

—Disculpe, pero es que ahora mismo estoy muy preocupado porque voy a perder mi avión.

—¿Y eso?

El viajero explica al señor lo acaecido desde que su libro fuera detectado.

—Y por ello ahora no puedo pasar por el escáner de cuerpo completo —finaliza su exposición el pasajero.

—Pero si es que, ¿a quién se le ocurre, caballero? —opina el señor de cierta edad y aspecto juicioso sentado junto a él en el vestíbulo.

—¿¡Y yo que sabía!?! —se rebela el pasajero.

—Hágame caso, los poetas actuales son una plaga en verso libre.

—No era poesía. Se trataba de una novela.

—Viajar es una manera de buscarse a uno mismo en lugares extraños.

—Una novela de realismo social.

—¿Usted es de los que guardan como recuerdo hasta los tiquecillos de

los autobuses cuando está de viaje?

—Menudo plan.

—Me lo estaba imaginando.

—Y además ahora me he quedado sin batería en el móvil.

—Que, vamos, que yo hace siglos que no veo un libro. Creo que el último fue en mis años mozos, allá por el año 2022. Sí recuerdo que por entonces se celebraba el Mundial de Fútbol de Qatar. Pero todavía tengo muy presentes mis sensaciones de cuando asistía a recitales.

—¿Usted cree que tendré que pasar la noche en el aeropuerto?

—Hágame caso, amigo mío, y considere que cumplir los sesenta es la última oportunidad que la vida nos da —argumenta el señor de cierta edad y aspecto juicioso sentado junto a él en el vestíbulo.

—Y ahora no sé qué va a pasar con el equipaje facturado.

—Porque luego ya, una vez que cumples los setenta, olvídense. Como mucho mantener el planeo, pero nada de grandes emociones.

—A mí todavía me queda para llegar a esa edad.

—Aunque por lo que le puedo observar, a usted todavía le queda para llegar a esa edad —concluye, según le observa, el señor de cierta edad y aspecto juicioso sentado junto a él en el vestíbulo.

—No me pareció que fuera tan grave llevar un libro, caramba.

—Pero, dígame, ¿cómo consiguió ese ejemplar, porque hoy en día no se ven ni en los museos?

—Lo descubrí casualmente en el desván de mi abuelo un día que andaba por ahí curioseando.

—Claro, si es que ya las mudanzas han perdido su profesionalidad. No se imagina la cantidad de problemas que están ocasionando. Sin ir más lejos le podría decir que yo mudé de pensamiento hace tres días y todavía me vienen fogonazos de mi estadio anterior.

—Debe ser terrible.

—Ni se lo imagina.

En ese momento llega hasta ellos una guardia de seguridad a la que el pasajero no recuerda haber visto antes.

—¿Es usted el del libro? —interroga la guardia de seguridad.

—Sí, soy yo.

—¿Cómo sé que eso es cierto?

—Si quiere le digo el título.

—¿Y que me expulsen del cuerpo? ¿Está usted loco?

—Perdón.

—Pues, venga, mueva el culo, que pierde el avión.

—¿Y el escáner de cuerpo entero?

—No funciona.

—¿Que no funciona?

—En efecto. Estábamos haciendo las comprobaciones reglamentarias y nos hemos dado cuenta de que está averiado, porque, como ya nadie viene con libros, hace mucho que no se usa; como hace mucho que no se usa, ha perdido sensibilidad para detectar letras en el interior de los pasajeros; como ha perdido sensibilidad para detectar letras en el interior de los pasajeros, no funciona; como no funciona, no nos vale; y como no nos vale, es inútil que le tengamos aquí más tiempo esperando.

—Créame que lo siento, aunque egoístamente me alegro por mí —se sincera el pasajero.

—Así que, arreando, que es gerundio.

—¡¡Gracias!!

—Pero que no se vuelva a repetir, ¿estamos?

—Descuide.

—Espero que haya aprendido la lección.

—Queda terminantemente prohibido subir a bordo objetos de entretenimiento ajenos a la compañía aérea, como vehículos a motor, hornos microondas y libros, ya sean de papel o electrónicos —recita el pasajero de memoria.

—Pues a ver si se aplica el cuento, ya que veo que domina la teoría.

—No volveré a traer ningún libro al avión, se lo juro.

—Más le vale.

—Recuerde, amigo, que por muy tarde que llegue uno a un sitio, siempre hay alguien que llega después —opina el señor de cierta edad y aspecto juicioso sentado junto a él en el vestíbulo.

—¡¡Gracias!!

Inicia el pasajero veloz carrera hacia su puerta de embarque, pero se detiene en seco y regresa donde la guardia de seguridad.

—Entonces, ¿mi equipaje facturado?

—Déjese de equipajes facturados y corra a su puerta de embarque antes de que nos arrepintamos.

—¡¡Gracias!!

Y ahora ya, sin más demora, acude presto el viajero a su puerta de embarque.

El señor de cierta edad y aspecto juicioso que estaba sentado junto a él en el vestíbulo le despide con un pañuelo, que el pasajero ya no ve, pues en tal urgencia se halla, y la guardia de seguridad se dirige hacia sus compañeros con un gesto como diciendo «Es lo que hay».